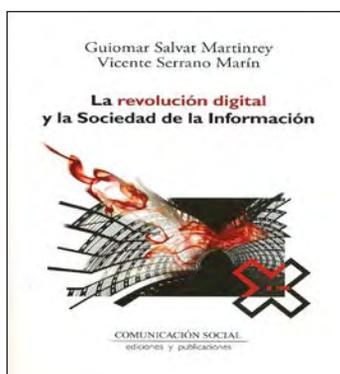


# La revolución digital y la sociedad de la información\*

Guiomar Salvat Martinrey y Vicente Serrano Marín



MAURICIO MANCILLA\*\*

Los que nos dedicamos a la docencia universitaria nos enfrentamos a diario con la primera generación de “nativos digitales”, quienes han crecido inmersos en el uso y dependencia de las tecnologías de la información y la comunicación (Palfrey y Gasser 2008). Hay que tener en cuenta que estos jóvenes, hombres y mujeres, que ya han alcanzado la mayoría de edad, están trazando un nuevo territorio

\* 2011. Zamora: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones. 160 páginas.

\*\* Instituto de Filosofía y Estudios Educativos, Universidad Austral de Chile, Correo 2, Chile. E-mail: mauriciomancilla@uach.cl

frente a los desafíos que son propios de su época. No hay duda de que los jóvenes de hoy habitan un mundo muy diferente al de quienes venimos de generaciones anteriores. Éstos no reconocen un mundo sin teléfonos móviles, computadoras e Internet, su condición de vivir constantemente conectados (*Online*) ha cambiado su forma de ver el mundo y cómo se mueven en él. Este nuevo entorno les ofrece oportunidades muy diversas y amenazas para las que deben estar preparados, especialmente cuando se aspira a un “éxito” cada vez más desmesurado. Con este hito, podemos argumentar que la economía, la política y la cultura se han transformado para siempre. Por ello, estamos llamados a internar agotar los medios por tratar de comprender los efectos de esta “revolución digital”, pero no sólo de aquellos elementos que transforman y facilitan la vida cotidiana, sino sobre todo los desafíos, las potenciales amenazas diarias que suponen estas tecnologías para nuestra privacidad, seguridad, identidad e innovación.

Frente a temáticas tan recientes y de insospechadas consecuencias, *La revolución digital y la sociedad de la información*, el libro de Guiomar Salvat y Vicente Serrano, no pretende ser una mera síntesis de estos problemas, sino, por un lado, una “introducción”, una “guía” de apoyo frente al laberinto que despliegan estas problemáticas, y por otro lado, presentar un “ensayo” en torno al intrincado universo de problemas que estas tecnologías encierran. A diferencia de los muchos trabajos sobre este tema que nos podemos encontrar en el mercado literario, este libro posee una novedosa exclusividad, se trata de una obra escrita a dos manos donde se percibe el diálogo constante de una especialista en tecnologías de la información y otro formado en el lenguaje y argumentación propios de la tradición filosófica occidental. Esta particularidad hace de este libro un ensayo rico en información y datos, pero también en una profunda reflexión sobre los límites y alcances de las nuevas tecnologías. Ante los muchos esfuerzos teóricos en torno a estas temáticas, los autores se atreven a esbozar una definición de sociedad de la información, la que califican como el lugar donde “la información pasa a convertirse en el factor decisivo de la organización económica, como consecuencia de la nueva tecnología digital, y que genera con ello cambios profundos en todos ámbitos de la vida [...], sobre todo determinados por las condiciones espacio-temporales en las interacciones entre los miembros de esas sociedades” (2011: 24).

Los autores se acercan crítica y deconstructivamente a nuestra realidad contemporánea a través del análisis de los rituales de interacción que gobiernan nuestra corporeidad, teniendo presente, como ha señalado Guy Debord en *La sociedad del espectáculo*, los límites de una sociedad que consume de manera indiscriminada representaciones, al punto que su característica fundamental radica en ser un modelo de “interacción mediatizado por imágenes” (2007: 25). Esta “corporeidad informacional”, alienada y fagocitada por un sistema reducido al imperio hegemónico de una lógica conductual consumista y reaccionaria, remite a un cuerpo-simulacro, dominado por la desaparición del mundo sensible en favor de sus imágenes como lo sensible por excelencia. Este contexto social trae como consecuencia, como ha señalado Salvat y Serrano, “una nueva fragmentación en el interior de cada individuo [...], porque a medida que el individuo se integra en el ciberespacio se aleja, se individualiza, se diferencia” (2011: 58).

En las últimas décadas se ha observado cómo la novedosa infraestructura tecnológica de redes de comunicación ha influido en la sociedad y su desarrollo está estrechamente relacionado con un proceso de intercambio y mutua dependencia. A finales del siglo pasado, el sociólogo Manuel Castells acuñó el concepto de Sociedad Red para caracterizar, como señalan muy bien Salvat y Serrano, “una reorganización total en su conjunto en el que el elemento organizativo básico vendría dado por la red, y que como tal estructura debería afectar tanto a las relaciones humanas básicas como a las económicas, políticas o culturales” (2011: 34). Para Castells, la lógica de la red es una característica central del paradigma de la tecnología de la información. Tanto las tendencias históricas, como las funciones y procesos dominantes en la era de la información están cada vez más organizadas en torno a las redes, las que constituyen la nueva morfología social de nuestras sociedades, y la difusión de esta lógica que modifica sustancialmente la experiencia humana del mundo (Castells 2006).

Los cambios antes enumerados dentro de la sociedad han conllevado al nacimiento de una nueva economía, más dinámica y flexible, que no se ejecuta sólo a escala local o regional, sino más bien a escala global, donde el desempeño del mercado financiero es el factor clave en la valoración de una empresa. Este es el caso de Silicon Valley, lugar modélico por la alta concentración de empresas e industrias asociadas

al rubro de la informática, que ha pasado de ser una experiencia local a un patrón global. Pero se suma a esto la creación de un sinnúmero de organismos internacionales, que ha generado una fuerte “concentración de empresas y la regionalización de la economía, mediante la concentración de grandes zonas, como la UE o la Unión de países norteamericanos integrando a México, EEUU y Canadá” (2011: 72). Esta lista se complementa con las organizaciones multinacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial de Comercio (OMC), el Banco Mundial, el G8, el G20, etc.

Esto contrasta con la aparición, de manera paralela, de nuevos movimientos sociales, quienes ven en Internet la plataforma esencial para el debate, su manera de actuar en la conciencia de los pueblos, y en última instancia, la utilizan como una poderosa arma política. Las tecnologías digitales han alterado fundamentalmente la naturaleza y función de los medios de comunicación en nuestra sociedad, al punto que han reinventado las antiguas prácticas de comunicación pública eludiendo los medios de comunicación tradicionales, desafiando su papel privilegiado como guardianes de noticias y entretenimiento. Así como el fenómeno de la producción social está transformando los mercados, al mismo tiempo ofrece nuevas oportunidades para aumentar la libertad individual, la diversidad cultural, el discurso político y la justicia (Benkle 2006). La “revolución digital” ha fomentado la capacidad de los actores sociales a impugnar e intentar cambiar las relaciones de poder institucionalizadas. En toda sociedad, donde quiera que haya dominación, hay resistencia, ya sea política, cultural, económica, psicológica, entre otras.

En los últimos años, en paralelo con la creciente crisis de legitimidad política que hemos presenciado en la mayor parte del mundo, se ha evidenciado una proliferación de los movimientos sociales que luchan por reivindicaciones políticas, religiosas, étnicas, sexuales, territoriales o nacionales. Así como las relaciones de poder están estructuradas hoy en día en una red mundial, los movimientos sociales también actúan a través de esta red global. Quizás el caso ejemplar sea la creación del Foro Social de Porto Alegre en Brasil, en respuesta a las reuniones de los conglomerados más poderosos, quienes se reúnen todos los años en la ciudad suiza de Davos en el Foro Económico Mundial (2011: 117). Naturalmente, los movimientos sociales no se originan por la tecnología, sino por la red de personas que tienen la capacidad tecnológica. Las nuevas tecnologías nos permiten centralizar y coordinar la ejecución de

la toma de decisiones mediante la interacción informal, la complejidad de la gestión en todos los grados posibles y, por último, pero no menos importante, el ajuste en tiempo real. La difusión de las movilizaciones políticas instantáneas por el uso de teléfonos móviles, apoyadas por Internet, está cambiando el panorama de la política. Cada vez se hace más difícil para los gobiernos ocultar o manipular la información. A través de Internet se ofrecen oportunidades para la revitalización de la esfera pública, pues se puede limitar a los grupos privilegiados, siempre y cuando el uso de Internet se expanda hacia los grupos de ingresos medios y bajos, de esta manera puede representar una oportunidad real para una mayor participación. Esto puede verse en la génesis de un nuevo “periodismo ciudadano” (2011: 122), representado por los así llamados “cazanoticias”, quienes están transformando el modelo noticioso de conferencia unidireccional a una conversación interactiva. Estos lectores/auditores/televidentes/internautas, convertidos en periodistas, están publicando en tiempo real a una audiencia mundial a través de Internet. El impacto de su trabajo apenas comienza a ser sentida por los periodistas profesionales y los creadores de noticias (Gillmor 2004).

La tecnología no es simplemente una herramienta, sino un medio, una construcción social con sus propias implicaciones. Además, el desarrollo de la tecnología de comunicación es también el producto de nuestra cultura, la cual enfatiza la autonomía individual y la autoconstrucción del actor social. Bajo este paradigma cultural y tecnológico, los movimientos sociales de la era de la información se expresan ampliamente a través de los medios de comunicación de masas, aunque también intervienen en los principales medios de comunicación tradicionales. Las comunicaciones móviles, los dispositivos inalámbricos de localización y el acceso a Internet, permiten conectar a cualquier persona, en cualquier momento, en cualquier lugar. El impacto real de las comunicaciones móviles no vendrá de la tecnología en sí, sino de cómo la gente la usa, de cómo se resisten o se adaptan a ella. Sin embargo, como lo han mostrado distintos estudios, Internet y la telefonía móvil, han interrumpido muchas de nuestras concepciones convencionales de nosotros mismos y nuestras relaciones sociales, al punto de aumentar las ansiedades de los usuarios (Baym 2010).

El modo de ser de Internet, su estructura, hace difícil para los conglomerados de las telecomunicaciones u organizaciones estatales obtener un tipo de control total como el que en la actualidad se ejerce

sobre los medios tradicionales de comunicación. Sin embargo, se considera que la mercantilización de Internet es algo inevitable, pues ella es fundamentalmente una mercancía. La práctica original de Internet para compartir información libremente dentro de la comunidad está disminuyendo. La propaganda disfrazada de noticias está floreciendo cada vez más en los espacios que se comparte información. En cuanto a los participantes en la esfera pública a través de Internet, se da un proceso de cambio de identidad que va de la figura del “ciudadano” al “consumidor”. En tal sentido la publicidad se transforma en un modo de discurso, donde lo “público” se transforma en mera “publicidad”.

Si bien, como muestran Salvat y Serrano, la capacidad productiva de las nuevas tecnologías constituye nuevas formas de conocimiento, éstas a su vez dan a luz nuevos regímenes de control e incluso una versión actualizada de “imperialismo” (2011: 115). Antonio Negri y Michael Hardt (2005) sostienen que la sociedad contemporánea es un “imperio” que se caracteriza por una lógica singular global de la dominación capitalista que crea productos inmateriales, tales como el conocimiento, la información, la comunicación, los servicios, etc. La promesa cibernética de las comunidades autónomas se funda en el peligro de que haya pocas posibilidades de cambio social dentro de una red determinada, dentro de la red de redes. Si bien, teóricamente hablando, una red es a la vez capaz de dispersar y de concentrar el poder, en la práctica, existe una clara tendencia a la concentración de energía cuando no se toman medidas adecuadas para contrarrestar este proceso. Con ello las nociones tradicionales de privacidad son desafiadas por la búsqueda de transparencia de la información digital. El potencial de las redes interactivas para la recopilación de información queda subyugada a la vigilancia panóptica, al control y la desinformación de los ciudadanos, a un proceso que podría debilitar o incluso eliminar las bondades de la esfera pública.

Michel Foucault toma el concepto de panóptico de Bentham como una metáfora de la vigilancia social. Él examina las construcciones sociales, pues a través de ellas las élites procuran mantenerse en el poder con el fin de controlar a las masas (Foucault 2008). Según nos parece, Foucault tiene razón en ver el panóptico de Bentham como un evento significativo en la historia de la experiencia humana, pues, como relatan muy bien Salvat y Serrano, “el poder moderno tendencialmente deja de ser un poder represivo sobre los cuerpos para pasar a ser un poder de control sobre las conciencias” (2011: 98). Al punto que podemos sugerir

que las tecnologías de la comunicación y la información, sobre todo en la forma de una red electrónica integrada, permiten una extensión masiva de lo que en principio el panóptico de Bentham aspiraba. Este análisis nos sirve para comprender el poder y control que se despliega en estas tecnologías, pero liberada de las limitaciones arquitectónicas propias de la piedra y el ladrillo de la fortaleza carcelaria. Gracias a la “revolución digital”, ya no sólo la prisión o la fábrica vienen a funcionar como una máquina jerárquica y disciplinaria, sino la totalidad social queda sumida bajo la mirada de “panópticos lumínicos” (Virilio 1995).

Por ello vale la pena preguntarse, ¿hay nuevos tipos de relaciones de poder que ocurren entre individuos que se comunican? En otras palabras, ¿hay una nueva política en Internet? ¿Qué tipo de comunidad puede haber en este espacio? ¿Qué tipo de políticas sin cuerpo se inscriben de manera evanescente en el ciberespacio? Estas y otras muchas interrogantes pueden ser respondidas y discutidas a través del libro de Guiomar Salvat y Vicente Serrano. En su síntesis final nos muestran que la sociedad de la información es la nueva ideología dominante en el marco del “tecno-capitalismo” (Suarez-Villa 2009), que representa la síntesis perfecta entre capital y tecnología, donde, en último término, se devela el papel cada vez más importante de la tecnología como expresión del sistema capitalista.

## **Bibliografía**

Baym, N. 2010. *Personal Connections in the Digital Age*. Cambridge: Polity Press.

Benkler, Y. 2006. *The Wealth of Networks: How Social Production Transforms Markets And Freedom*. New Haven and London: Yale University Press.

Castells, M. (Ed.). 2006. *La sociedad red: una visión global*. Madrid: Alianza Editorial.

Debord, G. 2007. *La sociedad del espectáculo*. Rosario/Santa Fe: Kolectivo editorial “último recurso”.

Foucault, M. 2008. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Gillmor, D. *We the Media: Grassroots Journalism by the People, for the People*. California: O'Reilly Media Inc.

Negri, A. y Hardt, M. 2005. *Imperio*. Barcelona: Editorial Paidós.

Palfrey, J. y Gasser, U. 2008. *Born Digital: Understanding the First Generation of Digital Natives*. New York: Basic Books.

Suarez-Villa, L. 2009. *Technocapitalism: A Critical Perspective on Technological Innovation and Corporatism*. Philadelphia: Temple University Press.

Virilio, P. 1995. *La velocidad de la liberación*. Buenos Aires: Manantial.